



Visitas Notables

■ Jerson Mariano Arias

Por alguna razón, llegaron a nuestra mesa personajes de la Cultura nacional.

ISIDORA AGUIRRE TUPPER, autora de la renombrada 'Pérgola de las flores', inquieta mujer, bajita, bromista, a la fecha de unos sesenta juveniles años. Isidora, de una aristocrática familia santiaguina, exalumna de un empingorotado colegio privado, con la experiencia de varios viajes a Europa, destacada en esos años por su trabajo en la dramaturgia nacional, impresionada por la ola incontenible del despertar popular en Chile se incorporó de buena gana a los movimientos políticos de izquierda. Sus comienzos en el Teatro tuvieron lugar en la Escuela de la especialidad en la Universidad de Chile, donde llegó a ser profesora de Dramaturgia. Ese encuentro casual nos reunió una vez más, ya que en 1971 la organización del certamen le encargó me hiciera entrega del premio en Dramaturgia que obtuve en esa fecha.

En esa reunión no hubo seriedad: Isidora impuso su estilo jugetón, sin protocolo.

A cambio, nos divertimos recordando anécdotas surgidas mientras se preparaba el montaje de 'La pérgola', desconocidas para nosotros. El tibio sol del Sur entrando por las ventanas prestó su alegría haciendo más gracioso cada relato.

A fin de cuentas, esa visita nos trajo el ejemplo de una persona nacida, criada y educada muy lejos del pueblo, de ese pueblo que ella estaba dispuesta a redimir, ideales que no siempre funcionan bien por el desconocimiento.

Fue un reencuentro feliz, informativo, ante todo muy humano.

MARIO IRARRAZABAL COVARRUBIAS llegó a nuestra mesa un atardecer de invierno, acompañado por un par de alumnos de la Universidad Católica, aparentemente tosco, con leve cojera por consecuencia de una polio que también dejó secuela en su pronunciación. Grueso, lleno de músculos por su trabajo como escultor. Indiferente, al parecer. Sin embargo, dispuesto para relacionarse con las personas.

IRARRAZABAL,

de extenso currículum, de familia muy poderosa en Chile que esperó hacer de este hijo un brillante sacerdote, para lo que le envió a Roma, a la Universidad Gregoriana, donde ese muchacho se liberó de la tutela paterna dedicándose a la Pintura y la Escultura, vivió de primera mano la Guerra Fría, pasando de un Berlín al otro por sus amistades, regocijándose después con la caída del Muro.

IRARRAZABAL era serio, seriedad aumentada por su ceño casi siempre fruncido y su hablar parecido al de las personas para quienes el español no ha sido su lengua materna. En Chile, y sin militancia, vivió en La Victoria para conocer al pueblo, luego trabajó como obrero en una fábrica y la única vez que sonrió fue cuando recordó su infancia rodeado de 'nanas' y ajuar.

Este escultor podría ser señalado como un hombre libre, alejado de dogmas y capillas políticas, con mucha fe en lo bueno del Hombre.